

Sothy's

La placa de la puerta reflejaba: Inspector Jefe S. E. Archer. Peter Touchy, después de golpear tres veces con los nudillos en la puerta y esperar la orden de entrar, recordó que el inspector jefe había dicho, con claridad meridiana, que nada de prensa en este caso. Él no iba a ser quien desobedeciese una orden directa como esa, aunque fuese verbal. Y no sólo eso, sino que también había que informarle, de inmediato, de cualquier descubrimiento o avance logrado en la investigación. Se oyó, a través de la puerta, una invitación a entrar.

— Buenos días inspector jefe.

— Pase Touchy, pase... — Mientras terminaba la conversación telefónica le indicó que tomase asiento en una de las sillas situadas al otro lado de la mesa —, el cuadro ¿eh?... sí, pero ¿qué tiene que ver el cuadro con todo esto?... bueno, pero tenme informado. Adiós.

Touchy esperó a que acabase e hiciese un par de anotaciones en su agenda; esperó también a que su jefe le preguntara.

— Y bien, ¿qué tenemos?

— Ha llegado el informe de la autopsia.

Le tendió una carpeta en cuya portada había un anagrama con una leyenda: "Servicio Forense". El inspector jefe S. E. Archer abrió la misma y comenzó a leer el informe.

— Hágame un resumen.

— Muerte por arma blanca que interesó el pecho a la altura del corazón; por la forma de la primera incisión probablemente unas tijeras. Luego, ya sabe,

se dedicaron a revolver en el agujero hasta sacar el corazón, que, por cierto, sigue sin aparecer. Hora de la muerte: diez menos diez. Y ahora viene lo más extraño, si cabe, ¿recuerda las manchas del cadáver? – el inspector jefe Archer asintió con la cabeza –, pues son de huevo la amarilla y de flores la violeta, de una planta del género *Iris*, creo; ambas mezcladas con trementina.

— ¿Qué opina usted?

El inspector Touchy no dudó un instante.

— Fue ella – a la indicación de cejas del inspector jefe continuó su deducción –. Según el forense no fue un trabajo profesional, se podía haber hecho más limpiamente. No cabe legítima defensa, ni una pelea conyugal, ni nada parecido.

— ¿Qué tienen que ver las manchas?, ¿es posible que las manchas estuviesen antes de que se cometiera el crimen?

Touchy respondió con la tranquilidad de años de experiencia y con la convicción de tener el caso resuelto.

— Las manchas eran frescas y, es cierto, no estaban emborronadas; en realidad no habían sido frotadas. Pero es poco probable que alguien como Lord Batlot se dejase puesto un batín y una camisa manchados. De todas formas, eso no explica lo del corazón. Además, no había nadie más en la casa. Ni restos, ni marcas; salvo las habituales de los dueños.

El inspector jefe Archer suspiró levemente. Sí señor, cada vez pintaba peor para Lady Batlot.

— Pues ya sabe lo que hay que buscar: un corazón, unas tijeras, flores, la trementina esa y todo lo que pueda parecer sospechoso o esté fuera de sitio.

El inspector Touchy respondió, mientras se dirigía a la puerta, con el orgullo de haberse adelantado a su superior.

— Nuestros hombres están peinando la casa ahora mismo.

— ¡Touchy! – el inspector se giró al llamado del inspector jefe –. Sean considerados y no molesten más de lo estrictamente necesario. Quiero decir que revisen todo, pero que lo hagan con el mayor tacto posible.

Touchy asintió mientras salía del despacho pensando que era cuestión de horas; no hacía falta más que esperar. Lady Batlot se desmoronaría y no tardaría en confesar en cuanto le presentasen las pruebas y le preguntaran directamente.

Cuando llevaba medio pasillo recorrido oyó la voz del inspector jefe S. E. Archer.

— ¡Touchy! – con una mano le indicaba que volviera a su despacho.

Entró y cerró la puerta.

— Acaban de llamarme de autopsias, dicen que han encontrado algo en el pantalón de Lord Batlot.

Touchy enarcó las cejas a modo de pregunta. En ese momento sonó un golpe en la puerta del despacho, que se abrió sin esperar respuesta. Una mujer con bata de laboratorio entró saludando y dejó una bolsa transparente, cerrada con un zip, encima de la mesa del inspector jefe.

— ¿Un diente?

La mujer de la bata afirmaba con la cabeza.

— De la especie *Isurus oxyrinchus*.

El inspector jefe Archer levantó los hombros realizando la pregunta sin pronunciarla.

— Es un tiburón, un marrajo.

Touchy dio un leve respingo en su asiento, ante el asombro del inspector jefe. Nunca lo había visto hacer tal cosa.

— ¿Qué pasa?

— Eso – Touchy señalaba la bolsa con el diente en su interior – cambia la perspectiva del caso...

El inspector jefe Archer comenzaba a incomodarse. No le gustaba ser el único interlocutor que no conocía los datos que los demás manejaban.

— Touchy, al grano...

— Usted todavía no estaba en el cargo, pero hace años tuvimos un comunicado de INTERPOL en el que se hacía referencia a un asesino profesional, que actúa a nivel internacional: Ámsterdam, Santiago de Compostela, Sudáfrica, Ibiza... Este sería su primer asesinato en Inglaterra. No se conoce su identidad, pero los datos que se han obtenido hacen pensar que es brasileño. A nivel profesional se le conoce como Marrajo.

Touchy hizo una pausa en la que pudo apreciar el desconcierto que expresaba la cara del inspector jefe.

— Está sugiriendo...

— La muerte de Lord Batlot ha sido un encargo... – ahora era el propio Touchy el que expresaba un grado de incerteza elevado en su cara –, sin embargo...

— ¡Por Dios, Touchy, suéltelo todo!

— Por lo que recuerdo era un tipo muy limpio, muy profesional... la herida esa... lo del corazón extraído... no encaja con su perfil... y, sin embargo, el diente es su firma... sin duda...

— ¿Dos asesinos? – preguntó el inspector jefe.

Touchy afirmaba.

— O eso o el Marrajo ése está evolucionando a otra cosa... – suspiró con lentitud –. Por lo que sabemos de él, es un tipo escrupuloso, siempre asesinatos limpios, sin ensañarse con las víctimas, un profesional con... – dudó en decirlo – principios. Si yo tuviese que apostar...

— Apueste, Touchy, apueste...

— Dos personas. Apostaría que alguien remató la faena con lo del corazón...

El inspector jefe S. E. Archer lo tuvo claro, eso no podía salir a la luz pública.

— Esa información no saldrá de este despacho.

Llevaba todo el día anterior, toda la noche y lo que había transcurrido de la mañana visionando la película que había grabado en la biblioteca. Ni media hora habían tardado, el ingeniero de imagen de los estudios y ella misma, en pasar la cinta a formato digital. Ahora, con el DVD girando a toda velocidad en la disquetera del ordenador, revisaba, una y otra vez, la grabación. La clave estaba, tal y como acababa de decirle al inspector Archer, en el cuadro. Ese cuadro que ella no acertaba a recordar tal y como lo había visto en el salón. Sí, era cierto que Elisabeth Batlot le había comunicado – además de decirle en un susurro que nadie merecía una muerte así – que sólo existía uno, que ella supiese, y que jamás se había tocado, ni restaurado, ni cambiado de sitio; de hecho, su marido no permitía que lo tocara nadie, ni que lo limpiaran siquiera. Cerró los ojos e intentó ver el cuadro a través del visor de la cámara, tal y como lo había visto el día anterior mientras lo filmaba. Se reclinó en el asiento y vio el cuadro en conjunto: la ventana del fondo a la izquierda por la que entraba un raudal de luz que iluminaba toda la escena los muebles del fondo unos aparadores estilo campestre un sofá que asomaba a mitad de escena por la derecha con un estampado en colores dorados y verdes la mesita de la costura cubierta con un tapete verde encima de la que se halla abierto un costurero de madera labrada y al lado del cual reposan unas tijeras doradas pero lo extraño no está en la totalidad del cuadro sino en la figura de la mujer esa figura del vestido violeta de gesto adusto sentada en un pequeño silloncito que hace juego con el sofá esa figura que extrañamente se permite el gesto coqueto de colocarse un mechón de pelo con la mano derecha gesto que no pega con el adusto de su mirada y de su boca.

Abrió los ojos de golpe al tiempo que se incorporaba en la silla. Se acercó a la pantalla del ordenador, en donde la imagen del cuadro estaba detenida. Con el ratón hizo una ampliación: sonriendo, la dama del vestido violeta estaba

sonriendo. No podía ser, recordaba con exactitud el gesto adusto de la mujer. Era una sonrisa leve, amagada casi, que, acompañando a la mirada, que seguía siendo adusta, daba un aspecto malicioso a la cara de la mujer, un gesto de maliciosa coquetería al que sólo le faltaba estar mirando directamente al espectador para pensar que se estaba burlando de uno, como si supiese algo que el espectador del cuadro no sabía. Como si supiese quién era el asesino de Batlot. No podía creerlo, no podía ser, debía estar equivocada, porque la sonrisa de la mujer le pareció la misma que le había dedicado Batlot la última vez que lo había visto. Pulsó la tecla imprimir y sacó una copia, tamaño A3, del cuadro entero, y otra de la mitad superior del cuerpo de la mujer, en la que se apreciaba, claramente, la sonrisa maliciosa. Tenía que volver a la mansión de los Batlot y ver de nuevo ese cuadro. Su memoria visual no le podía estar gastando esta broma pesada.

— Tienes que ver esto – le había dicho Heather Welbeater desde el mismo teléfono de Lady Batlot.

Ahora, mientras se dirigía hacia la mansión, le parecía recordar que se había impacientado, algo poco habitual en ella. “No es una cosa para decir por teléfono” había dicho, “tendrás que acercarte hasta Pickwick House para averiguarlo”.

Heather Welbeater le esperaba a la puerta, junto con el guardia que custodiaba la misma. Parecía tranquila, como siempre; una mujer reposada. Se dieron la mano y se saludaron con un seco “hola”.

— Tengo algo – lo precedió hacia la puerta de la biblioteca y se detuvo ante la cinta de la policía que precintaba la misma – pero no sé lo que significa.

Entraron en la biblioteca y se situaron enfrente del cuadro, sin llegar a pisar la recortada figura de Lord Batlot.

— Observa.

Heather Welbeater señalaba el cuadro al tiempo que sostenía en su mano derecha una fotografía del mismo.

Sullivan Archer suspiró.

— ¿Qué?

— ¿No lo ves?

Intercambió el orden de las fotografías; con un rápido movimiento puso la ampliación delante y la general detrás.

Sullivan Archer levantó las cejas como no entendiendo qué estaba pasando.

— ¿Dos cuadros?

Heather Welbeater negaba con la cabeza.

— Hasta dónde recuerda Elisabeth Batlot hay únicamente un cuadro. Además, esto está filmado ayer, hace exactamente veintiséis horas; y cuando lo filmé te puedo asegurar que el cuadro estaba como ahora, con el gesto serio.

El inspector Archer miró la fotografía que sostenía con la mano izquierda.

— Y esto ¿qué demonios significa?

— No lo sé – la cara de Heather Welbeater era, ahora, divertida; una vez comprobado y digerido el asunto empezaba a verle el lado gracioso –, no tengo la menor idea... podría ser que la cámara, por alguna de esas causas extrañas que no tienen explicación, grabase lo que está oculto en el cuadro, si es que el cuadro tiene algo oculto – Ante la cara de escepticismo de su amigo, escepticismo que ella compartía plenamente, añadió –. Sí, como esas radiografías de rayos-X que permiten ver lo que hay pintado debajo del cuadro que estás viendo.

Se rio ligeramente. Sullivan Archer tenía, cada minuto que pasaba, peor gesto.

— Bueno, pero esto ¿qué tiene que ver con el asesinato?

— No tengo ni idea, recuerda que yo sólo busco pistas, cosas que se escapan a vuestro minucioso escrutinio.

Se rio de nuevo, pero antes de que el inspector hablase y, por la cara de enfado que se le estaba poniendo, se le adelantó.

— Podemos pedir que se le haga una radiografía para ver lo que hay debajo, quizá haya alguna pista.

Sullivan Archer se dio media vuelta y enfiló la salida.

— Está bien. Te mandaré a nuestro experto en arte y lo solucionareis entre los dos. Tendremos que pedir permiso a Lady Batlot para retirar el cuadro y poder radiografiarlo.

El inspector S. E. Archer se fue con la sensación de que su amiga le estaba gastando una broma pesada, pero, por Dios que, si así era, se lo haría pagar caro; dos días de calabozo por filmación ilegal, como que se llamaba Sullivan.

A última hora de la tarde se encontraba mirando la radiografía que el experto en arte de la policía le había enviado por mensajero. El sargento Pitts era licenciado en Historia del Arte y, según dijo, no había oído hablar nunca de tal cuadro ni del pintor. Le extrañaba que una obra que no había sido robada despertase tanto interés, pero, claro, él no era más que, aparte de un aficionado, un mandado. Se había llevado el cuadro, empaquetado, con todo el amor que alguien le daría a su pareja recién estrenada. Sin duda un tipo pintoresco. Ahora, viendo al trasluz la imagen que, en efecto, ocultaba el cuadro, entendió la expresión que el sargento Pitts le comunicó por teléfono al avisarle del envío: “Nunca había visto nada igual, nunca”. Incluso antes de despedirse había añadido, dudaba si en tono jocoso: “Tiene ahí un bonito rompecabezas”.

No cabía la menor duda. La imagen que se veía contrastada en blanco y negro era la de una figura con cuernos, rabo y patas de cabra. Tenía que ser una broma del pintor. Pintar primero al diablo y después recubrirlo con el cuadro de

una dama, de gesto adusto, eso sí, que se atusa el pelo en el salón de costura de su casa. Pero... el pintor este, ¿quién era? Se incorporó de la silla decidiendo analizar la filmación y comenzó a rebobinar la película. Detuvo la filmación y amplió la esquina derecha del cuadro; tres letras rojas minúsculas, desalineadas y un tanto desequilibradas, revelaban el nombre del pintor: nil. Nil. No había escuchado nunca ese nombre, ni como pintor ni como nada. Esto había que consultarlo con alguien experto y entendido en el asunto. Decidió llamar a Sullivan Archer, comunicarle lo que había y sugerirle lo que había que hacer; a saber, contactar con los de la galería Sothy's y preguntarles por el pintor y por su obra.

— Soy yo... sí, apareció una figura debajo... el diablo... ¡y yo qué sé!... lo que sí sé es que hay que consultar con tu contacto en la galería Sothy's para que nos dé información del cuadro éste y del gracioso del pintor... un tal Nil... sí, ene, i, ele... no sé qué más, sólo firma así, Nil... está bien, mañana a las nueve allí, pero preferiría que vinieses tú... ya sé que es su investigación y que estás muy ocupado... pero Touchy es tan... previsible... metódico y eficiente, eso también lo sé... adiós.

A Heather Welbeater le gustaba el cine clásico, las viejas películas en blanco y negro del Hollywood dorado, y sus protagonistas, esos actores, actrices y directores que habían llevado una vida de estrellas del cine. Tal era su pasión que siempre buscaba parecidos razonables entre la gente que conocía y los artistas de cine clásico. Y Touchy era como Orson Welles interpretando al policía Hank Quinlan, con su gabardina arrugada y su sobrepeso. Incluso se parecía en la forma de hablar, arrastrando las palabras. No, no había contado con Touchy, pero Sullivan Archer tenía razón, era metódico y eficiente. Lo importante era qué tenía que ver todo esto con el asesinato de Batlot, y, sobre todo, ¿por qué su cámara había filmado la sonrisa inexistente de la dama del cuadro, cuando ni siquiera el diablo que estaba debajo la tenía? Una cámara no puede inventarse una sonrisa. No era un reflejo extraño, ni una mancha de objetivo, ni mancha del

cuadro, ni pelo adherido, ni nada de nada; era una sonrisa, una sonrisa maliciosa, maligna casi.

El señor Sean Dealer, director de la galería Sothy's, los recibió en su despacho con un firme apretón de manos y desplegando una sonrisa de anuncio. Era un hombre de mediana edad, que mantenía una buena figura, muy bronceado, con un fino bigote estilo Clark Gable, que con el peinado hacia atrás que llevaba, y unas orejas sobredimensionadas, ese parecido con el actor era más que una mera sospecha. La chaqueta cruzada que llevaba puesta – realizada a medida en una pequeña sastrería de Bond Street – le quedaba impecable. Una vez instalados en los sillones que había en uno de los lados del enorme despacho, y después de ofrecerles un té, se ofreció a él mismo y a toda su gente.

— Siempre que podamos ayudar a la policía será para nosotros un honor.

El inspector Touchy entró en materia; sacó de una carpeta la fotografía del cuadro y la mostró a Dealer.

— ¿Qué nos puede decir de este cuadro?

Dealer dio un respingo en el asiento, y toda su amabilidad se transformó en curiosidad, no exenta de un tono de profesional avaricia.

— ¿Dónde han encontrado este cuadro? – y, sin apenas respiro, añadió - ¿está en mercado?, quiero decir, ¿está a la venta?

— ¿Lo conoce usted?

La pregunta de Touchy fue tranquila, estaba acostumbrado a que la gente se le fuera por las ramas.

— ¡Claro que sí!... bueno, no... es decir, sabía de su existencia, pero no había visto nunca uno... ¡un Nilam!... ¡vaya, esto sí que es un hallazgo!... ¿Está en mercado?

— ¿Un Nilam? – Touchy seguía con sus preguntas obviando las de su interlocutor – ¿Quién es ese Nilam?

Dealer puso una de sus profesionales caras de inteligencia, levantando ligeramente la ceja derecha, que trataba de reflejar sus conocimientos supremos del asunto.

— Fue, inspector, fue. Por lo que veo aquí, han estado ustedes enfrente de uno de los pocos cuadros, se cree que fueron seis, pintados por Nilam El Reficul.

— Así que con sólo seis cuadros se hizo famoso. ¿Quién era en realidad?

Era la primera vez que Heather Welbeater intervenía en la conversación. Dealer le dirigió su respuesta, un recitado a modo de lección de escuela.

— Nilam El Reficul, pintor francés, de ascendiente argelino, nacido a principios del siglo pasado, contemporáneo de Dalí y Picasso. Practicaba una extraña vida y tenía reputación dudosa; de hecho los pintores de su generación dejaron de frecuentarlo por ser demasiado... peligroso; por lo visto también se decía que, además de captar el espíritu de la persona que le hacía de modelo, tenía tratos con el diablo... — Touchy y Welbeater se miraron mutuamente con gesto cómplice —. Con franqueza, yo no creo nada de eso... pero, ¿qué quieren?, ese tipo de historias vende mucho — señaló con un dedo la fotografía del cuadro —, tengo clientes que pagarían, sin haberlo visto nunca, una pequeña fortuna por un cuadro de Nil.

— ¿Por qué sólo seis cuadros durante toda su vida?

Efectivamente, metódico y eficiente, esa era la típica pregunta que se le habría pasado a muchos; a Heather Welbeater también. Sonrió mirando a Touchy.

— No se sabe. Los pintó en relativamente poco tiempo. Después, un buen día, desapareció. Nadie volvió a verlo nunca; no se encontró su cadáver, ni restos, ni nada de nada. Volatilizado.

La sonrisa de Dealer era amplia. Sin duda esas historias eran buenas para su negocio.

— Muy interesante. Y, dígame, ¿qué hay de los otros cinco cuadros?, ¿sabe quiénes son sus propietarios?

El Inspector Touchy entraba en su especialidad de lleno.

— Los cuadros... hay fotos de varios de ellos, no de todos... justamente de este creo que no había ninguna... hay algunas referencias escritas de ellos... muy vagas, por cierto. Es como si no existieran, en realidad hay gente que no cree en ellos... yo mismo tuve mis dudas a veces... pero esto – su dedo volvía a señalar la fotografía del cuadro – es la prueba fehaciente de su existencia... aunque había que autenticarlo.

— ¿Cómo?

Heather Welbeater se adelantó a la pregunta de Touchy, aunque no estaba segura de que fuese a realizar la misma.

— Existe una persona que es la que más información ha recogido sobre el personaje... trabaja para nosotros de vez en cuando... pero, con franqueza, no le hagan mucho caso... entiéndanme, es el que más sabe sobre determinados pintores... digamos... malditos, pero a veces habla de teorías fantásticas que yo no comparto en absoluto. Sí, sin duda, Darkness es su hombre.

Touchy miró a Heather Welbeater inquiriéndole con la mirada si quería preguntar algo más. El movimiento negativo de cabeza de ésta le dio pie para, levantándose, despedirse de Dealer.

— ¿Dónde podremos encontrar al señor Darkness?

— Espere un momento, por favor – Dealer se fue a su escritorio y pulsó el teclado del ordenador. Desde allí levantó la cabeza y comentó con amplia sonrisa –. Armitage Road, 23-B, Golders Green. Pero no podrán localizarlo hasta mañana, está de viaje... – interrumpió su sonrisa y añadió en tono confidencial – un encargo nuestro.

— Bien, señor Dealer, muchas gracias por todo. Si tenemos alguna duda le llamaremos.

— ¿Puedo quedarme con una copia de esa fotografía?

Touchy respondió como si esperase esa pregunta.

— Lo lamento, carecemos del permiso del actual propietario.

— Está bien, inspector, está bien... tenía que intentarlo – se encogió de hombros, como quitándole importancia. La sonrisa que mostraba Dealer era, otra vez, amplia –. Adiós y, por favor, si descubren algo de los cuadros no dejen de comunicármelo. Esa información es... vital para mi negocio.

Dealer les acompañó hasta la puerta del edificio.

— Denle recuerdos al inspector jefe Archer de mi parte – una vez más su sonrisa amplia acompañó al nuevo saludo de manos.

En la calle, Heather Welbeater se volvió hacia Touchy.

— ¿Por qué no le enseñó la radiografía del cuadro?

— ¿Para qué?

— ¿Cree usted que puede estar implicado de alguna manera?

Touchy siguió caminando con paso lento hacia el coche.

— ¿Dealer entrando furtivamente en una casa, asesinando a una persona, quitándole el corazón y dejándose el objeto de sus anhelos, y motivo de su crimen, en la escena del mismo, sin dejar a su vez la mínima huella? – se giró a Welbeater –. Francamente, no.

— Sí, no tendría sentido... – Heather Welbeater añadió con tono malicioso –, a no ser que no fuese él la mano ejecutora, y esperase que los herederos le vendan el cuadro; un cuadro que él dice no sabía dónde se hallaba. Podría estar mintiendo. Lo raro es que no haya preguntado quién es el propietario del cuadro... es más, por un momento tuve la sensación de que ya sabía quién es el dueño.

— ¡Welbeater, por favor!

Heather Welbeater continuó caminando con la sonrisa en los labios.